

ENTRE EL DOLOR Y LA ESPERANZA

Al finalizar el año, como al concluir el día, lo que importa, amigos, es un sencillo examen de conciencia. El de nuestra vida íntima y el de nuestra proyección social; el recuento de los avances y el de las derrotas. Sin más temor que el santo temor de Dios. (Y, tejas abajo, el acuciante anhelo de España.)

¿Podríamos rehacer juntos, camaradas del Sindicato Español Universitario, ese recorrido espiritual? Juntos... porque con vosotros, entre vosotros, es posible la sinceridad. Y necesaria. Os asquea la propaganda, os gana la exigencia. No sois gentes egoístas o mediocres, como los fáciles censores tratan a veces de presentaros. Tenéis el alma en pie y todos los caminos se abren a vuestra esperanza. Lo que no hacéis es comulgar con ruedas de molino, ni aquietaros con explicaciones cómodas. Por eso podemos y queremos entendernos.

Entre vosotros, con vosotros, nos ha gustado caminar todo este tiempo. En el oído, en el corazón mejor, vuestras palabras de aliento... Y algún día, vuestros gritos de queja. Por ambas cosas, por lo agrio y por lo dulce, en este umbral del año nuevo, gracias. Os incitábamos ayer al diálogo, y nos lo disteis. Ha habido inquietud vuestra, afanes vuestros, en nuestros propios afanes, en nuestra propia inquietud.

Por eso, antes de arrancar la última hoja del calendario, hablemos de nuevo un poco, si os parece, de nuestras comunes cosas. Casi en silencio, como en fuego de campamento.

* * *

¿Cómo nos encuentra este 1953, que ya golpea a nuestras puertas? ¿En desaliento o en esperanza?

En la vida individual caben, respecto a nuestras personales realizaciones, dos actitudes extremas: la de la complacencia en todo lo posi-

tivo, con olvido de lo no alcanzado, y la de la amargura, o, en su límite, la angustia ante lo perdido, con menosprecio de lo logrado. La primera es la actitud del optimista, fatuo o necio; la segunda, la del pesimista, escéptico o destructor. Por encima de ambas actitudes extremas, el hombre cristiano tiene una maravillosa salida: la de la impaciencia esperanzada de todo lo ausente a través del goce dolorido del presente incompleto.

Así también en el vivir político. Hay "políticos" —llamémoslos de momento así— que parecen contentarse con el recuento de los aciertos o de las realizaciones positivas —cuanto más aparentes y corpóreas, mejor— que brillan en su contorno. Son los que viven en la pura exaltación o culto de "lo hecho", tan satisfechos o embriagados que llegan a perder la sensibilidad ante las llagas o el sufrimiento de otras zonas de la carne y del alma de la propia Patria (¡y no digamos de la Humanidad restante!). A la manera de pavos reales, acaban por entontecerse definitivamente y, lo que es peor, por entontecer a quienes les sirven.

Enfrente están los eternos murmuradores, los atribulados por sistemas, los "aguafiestas" sin ton ni son. Aun siendo preferibles a los primeros —pues traen, al menos, en su exageración como un eco del dolor real de las cosas truncadas—, terminan por resultar tan nocivos como ellos. Son como polilla de la sociedad, que todo lo corroe, que mina las mejores energías del ser nacional.

También aquí, superando una y otra tentación, han de alzarse los hombres con vocación política radicalmente cristiana. Que les horrorice tanto la "propaganda", es decir, el abultamiento sistemático de lo realmente conseguido, como la jeremiaca y no pocas veces histórica lamentación monocorde ante lo no alcanzado. Que ni se contenten con el primer altozano, cuando la cumbre está todavía alta y difícil;

ni se rebelen antes de empeñarse en serio en la peregrinación o en el combate.

La más esencial aventura interior del político estará, pues, en conjugar en su alma el triple impulso de la alegre comprobación de lo hecho, la dolorosa sensación de lo perdido y la acuciante promesa de lo alcanzable. En suma: vivir en sencillez, en dolor y en esperanza. Poder decir con el poeta, al despuntar el día o al comenzar el año:

“Estoy triste de hoy, pero contento para mañana.”

(JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: *Esto*, XXII.)

Así, en ese orden. Partir del “estoy triste”, más que del “estoy contento”; de la inquietud, más que de la complacencia; del aguijón, más que del goce. “Un príncipe sensible, que le piquen, que le lastimen las pérdidas en lo vivo del corazón”. Esto pedía la vieja sabiduría de Gracián, cuando ya se nos iba el Imperio; esto debemos pedirle nosotros al Señor cuando otra vez un mundo puede estar naciéndonos entre las manos.

* * *

En los puestos de mando nos acecha siempre el riesgo de que se nos endurezca el tacto, nos hagan callo las cosas, perdamos el pulso de la vida exterior. De ahí que quienes, en una o en otra misión, hayan de manejar las cosas de la ciudad terrena, los valores y los bienes del pueblo, deban imponerse a sí mismos el diálogo con su contorno y el examen de su propia conciencia. Sólo en la fidelidad a esta doble dimensión de la ascética del gobernante está la posibilidad de que el poder sea al mismo tiempo autoridad, representación y servicio. Y en ese ejercicio de la función política sobresalen tres exigencias muy fundamentales. Una para la inteligencia: conocer la realidad circundante como problemática. Otra para el sentimiento: latir con el problema mismo. Y otra para la voluntad: afrontar con espíritu de empresa, de aventura, su resolución eficaz.

Pues bien: muchas veces pecamos, contra esa triple exigencia, más por omisión, por pasividad, que por actos positivos. Omisiones en el saber, en el sentir, en el resolver los problemas nacionales.

Valdría la pena de meditar más a fondo sobre la magnitud y el alcance de nuestros pecados individuales y colectivos de omisión. Al fin y al

cabo, enseñaba el Doctor Angélico: “omissio et commissio non differunt specie”; pues si su materia es distinta, no así su forma, ya que “al mismo fin se ordenan y del mismo motivo proceden” (*Summ. Theol.*, 1.^a IIae, Qu. LXXII, artículo 6.^o, in cor.).

Pero, además, en el plano de la convivencia las omisiones suelen tener consecuencias más vastas y más graves. Piénsese simplemente en la desidia y abandono que ha dado lugar en nuestro tiempo a la llamada “cuestión social”. En España, especialmente, cabe pensar que los cristianos pecamos más por lo que “omitimos” que por lo que “hacemos”. Por la Caridad y la Justicia que se nos quedó sin practicar, que por la infracción, mediante actos positivos, de los demás preceptos de la ley de Dios.

En el político esas omisiones dañan mucho más radicalmente a la posibilidad misma de su misión.

Omisiones en el plano del saber, por falta de información objetiva sobre los problemas (carencia de “datos reales”, pobreza de las “estadísticas”, penuria de “contacto vital” con las cosas...); por falta de enlace y jerarquización de los conocimientos sobre un mismo problema (el técnico, el económico, el moral, el político en cualquier asunto colectivo), o, incluso, por falta de audacia intelectual en el planteamiento de hipótesis resolutorias ante situaciones nuevas (aquel “espíritu de adivinación” que pedía José Antonio frente al anquilosamiento de la mente apegada a las fórmulas “hechas”).

Omisiones también en el orden de los sentimientos: la carencia del sentido del tiempo histórico, causa de lamentables anacronismos o de irritantes lentitudes; la del sentido del espacio o lugar geográfico, que empobrece la acción política con uniformidades antinaturales; la del sentido de la universalidad, que nos hace caer en provincianismos esterilizantes; o la del sentido de las circunstancias, que da rigideces “inhumanas” a nuestro contacto con las cosas y con los hombres.

Por último, omisiones en el plano de la ejecución, como la falta de enlace entre las acciones resolutorias que afectan a un mismo problema; el abandono de la decisión frente a cualquier obstáculo en la ruta de la obra emprendida, o el fallo en la voluntad de vencer frente al egoísmo, la envidia, la incompreensión o la ignorancia.

* * *

Pero vengamos a nuestra preocupación más concreta, a la de la política de la Cultura.

También en ella nos movemos entre dolores y esperanzas.

Frente a los insatisfechos por naturaleza o a los detractores por cálculo podríamos esgrimir la voz acerada de las cosas hechas desde que el Alzamiento Nacional restableciera el camino de España hacia su auténtico destino. Revisen los hombres de buena voluntad la crónica de ese tiempo y cotéjenla con la de los decenios anteriores, para hacer justicia a lo que los gobernantes del primer tercio de este siglo pusieron, pero también a lo que omitieron, y para cargar en la cuenta de los hombres del 18 de julio un haz de realidades espléndidas, que están ahí visibles por toda la amplia geografía de España.

En 1901 el Presupuesto de Educación Nacional era de unos 17 millones de pesetas, sobre un total de gastos generales del Estado de 958 millones (lo que representa un porcentaje del 1,7 por 100 de inversiones para la Enseñanza). La proporción fué gradualmente ascendiendo, sobre todo bajo el mando del ilustre General Primo de Rivera y en los años subsiguientes, hasta alcanzar, en 1935, la cifra de 326 millones de pesetas, equivalente al 6,4 por 100 de los gastos generales (5.593 millones). Desde la Victoria nacional el ritmo ascensional sigue, alcanzando en este año de 1952 la cifra de 1.900 millones de pesetas, es decir, un 8,4 por 100 del Presupuesto general ordinario del Estado (22.700 millones de pesetas). Ahí están, además, como realidades tangibles: la Ciudad Universitaria de Madrid, reconstruída en parte muy considerable; la de Barcelona, en plena marcha; las nuevas edificaciones en las viejas Universidades de Salamanca, Santiago, Murcia, La Laguna, Sevilla...; el Consejo de Investigaciones Científicas; los nuevos locales para Institutos de Segunda Enseñanza, en muchas provincias españolas; los Museos, reconstruídos y reordenados; los más gloriosos Monasterios de nuestra Historia, como Poblet, el Paular, la Cartuja de Jerez..., restaurados y con himnos litúrgicos bajo sus bóvedas; cincuenta Institutos Laborales funcionando o en trance de terminación; Grupos Escolares y Escuelas unitarias surgiendo por todo el ancho panorama de la tierra española... Sólo en el último año y medio se han invertido en esta atención más de ochenta y cinco millones de pesetas.

Quienes quieran ver, que vean. Estadísticas

publicaciones, leyes y reglamentos, realidades sensibles tienen ahí, al alcance de la mano, para no engañarse o mentir cuando tengan que emitir juicios sobre la obra realizada en cualquier plano de la Cultura.

* * *

Mas no es esto lo que aquí nos importa. Ahora estamos amigos de "Alcalá", meditando juntos, y la mirada se nos va más al futuro que al pasado, más a los hombres que a las piedras, a la vida que a las leyes.

También aquí nuestro examen de conciencia tropieza con espinas. ¡Bendito contrapunto para salvarnos de la estupidez!

¿Es que el Estado y los distintos grupos sociales dedican a la enseñanza, y más ampliamente a la Cultura, el suficiente esfuerzo espiritual y material? ¿No hay en muchos compatriotas nuestros una irritante falta de sensibilidad para estos problemas? La preocupación por la riqueza material desvía muchas veces la atención necesaria para que sean adecuadamente percibidas las deficiencias, las llagas, incluso, que en el orden de la enseñanza existen en España. Hay dos maneras de ser "marxistas": profesar los principios doctrinales de Carlos Marx y aplicarlos conscientemente, o bien renegar de esos principios..., pero diluirse, sin embargo, en un pragmatismo utilitario y miope, que hace contar el crecimiento de la Patria por el número de realizaciones puramente corpóreas (caminos, pantanos, fábricas, buques, minas...) que en ella van apareciendo.

La falta de vibración de amplios sectores de nuestra sociedad por los problemas de la Cultura es una realidad dolorosa. Sólo así se explica que siga siendo una parte mínima de la renta nacional la que revierta a la investigación, la enseñanza y la ciencia. En otros países el porcentaje del presupuesto de enseñanza, respecto al general del Estado, excede del 15 y aun del 20 100. Podrá argüirse que en España las instituciones religiosas y las asociaciones privadas elevan la cifra que la Nación española dedica a la educación. Pero aun con este índice de corrección subsiste que hay todavía una gran distancia entre lo que de hecho se invierte y lo que debiera invertirse en atenciones de cultura en una nación como España, donde el espíritu ha tenido y tiene que seguir teniendo la primacía.

En concreto: ¿es que nuestra Escuela prima-

ria "instruye" siquiera a la totalidad de los niños españoles? Entrañémonos bien el dolor de que, aun hoy, más de un veinte por ciento de la población escolar española sea analfabeta, y de que haya provincias de nuestro luminoso Mediodía donde casi uno de cada dos pobladores viva en dura ignorancia de letras y cosas.

Conjugando datos estadísticos de distintos organismos españoles para reducir, en lo posible, sus deficiencias, tenemos que si la población escolar primaria se calcula en torno a los cuatro millones de personas, sólo aparecen matriculados en Centros oficiales unos dos millones, y en Centros no oficiales unos seiscientos mil niños, con lo que quedan todavía un millón cuatrocientos mil escolares, aproximadamente, sin enseñanza. Hacer frente, de golpe, a este problema supondría tener que crear unas treinta y cinco mil escuelas, lo que añadido a la reparación o construcción de edificios para las sesenta mil ya existentes, más las indispensables viviendas para el Magisterio, representaría una cifra superior a los cinco mil millones de pesetas.

Pero es que esos mismos niños no pueden ser simplemente "instruidos" en las "primeras letras", sino que en la línea de la educación más plena, que prevé nuestra excelente Ley de Enseñanza Primaria, han de ser, por lo menos, iniciados en las enseñanzas profesionales. Nuevamente ha repetido esta exigencia el Oaudillo al dirigirse a los españoles en estas mismas horas, cara al nuevo año.

Aún más: ¿Es que nuestros Centros de Enseñanza Media, tanto oficiales como privados, educan de verdad a una parte suficiente de la población juvenil española? ¿No quedan decenas y decenas de miles de jóvenes españoles cuya última perspectiva es la enseñanza primaria? Y aun los mismos que ya se educan en Institutos Nacionales o en Colegios, ¿resultan "integralmente formados" para poder forjar ellos luego una Patria cristiana, intelectualmente más alta y socialmente más justa?

Nuestra Universidad misma, tan saludablemente dispuesta a la reflexión crítica sobre sí misma y tan abierta a los juicios, no siempre ecuanímes, de los otros, ¿recoge acaso en su preocupación, entra en diálogo con los problemas más vivos y acuciantes de la Nación para ofrecer soluciones y para templar la mente y el corazón del estudiante, futuro profesional, en la voluntad de aplicarlas?

Pensemos, por ejemplo, en lo que hasta ahora hemos contribuido los universitarios a la resolución del llamado "problema social". Poco nos hemos acercado de verdad al dolor del pueblo, en sus manifestaciones concretas, desde las aulas de la Universidad. Y si no lo hacemos desde ahí, ¿cómo vamos luego, ya profesionales, a poner todo nuestro empuje en que terminen, con las necesarias reformas de orden estructural y funcional, las situaciones de injusticia y de abandono?

En otro plano, ¿es que nos hemos esforzado, siquiera lo indispensable, para que la Música, las Bellas Artes en general, pesen en la formación de las minorías dirigentes y en la educación de la sensibilidad de una apreciable mayoría de españoles?

Y más arriba, ¿hemos acaso conseguido conjugar eficazmente las preocupaciones de los cultivadores de las Ciencias profanas y las de nuestros teólogos y escrituristas, en una incesante comunicación vital?

¿Hemos hecho —por último— lo bastante para que de verdad se viva dentro de nuestros Centros docentes, sobre todo en los de rango superior, en un clima de calor espiritual, con fe religiosa operante y con ilusión y empeño de una Patria más justa?

Cada una de estas interrogaciones —y son sólo algunas de las que más nos punzan— llevan en sí un llamamiento profundo: el de las generaciones que pasaron sin alcanzar a resolverlas, y el de las gentes que hoy con nosotros comparten la ilusión renacida de España.

* * *

"Ferendum et sperandum", sería aquí el consejo de Saavedra Fajardo: "El sufrimiento y la esperanza llegan a ver logrado el trabajo, y se dan por bien empleadas las espinas que rindieron tal hermosura y tal fragancia... No desanime al Príncipe el semblante de las cosas, porque muy pocas en el Gobierno se muestran con rostro apacible. Todas parecen llenas de espinas y dificultades. Muchas fueron fáciles a la experiencia que habían juzgado por arduas los ánimos flojos y cobardes" ("Idea de un Príncipe político cristiano". Empresa XXXIV).

Aquí, capitaneados por Franco, ni cobardía ni flojedad. Desde este enero de 1953 nos urge, camaradas del S. E. U., apretar el esfuerzo hacia unas cotas insoslayables:

1.° Procurar que cambie el signo de las in-

versiones nacionales, en la medida que las circunstancias lo vayan permitiendo, de tal forma que, cada vez con mayor ahinco, el Estado, los grupos sociales y las personas individuales dediquen una aportación económica creciente a la construcción de Centros docentes, al mejoramiento de las instalaciones pedagógicas, a la modernización de los campos de recreo y de deporte, al perfeccionamiento de las bibliotecas y de los Museos... y, sobre todo, a la remuneración de los hombres que a la Cultura se consagran —desde los abnegados maestros de cada uno de nuestros pueblos hasta los profesores de nuestras Universidades y Escuelas Superiores, o los investigadores de nuestros laboratorios y de nuestros Institutos especializados—; porque, en fin de cuentas, son ellos, los hombres, los que en definitiva han de labrar el alma de nuestras gentes, hacer en realidad Cultura. Sería imposible e injusto cargar al Estado todo ese esfuerzo. Ni se podría tampoco aspirar a resolverlo con medios ordinarios. A una excepcional necesidad, importa acudir con excepcionales remedios. Sólo un Plan de Ordenación cultural completo, legítimamente ambicioso, como requiere el momento ascensional de España, puede aportar los recursos convenientes, distribuyendo, a lo largo de los años, el esfuerzo y aun el indispensable sacrificio de los españoles. Indispensable, si se quiere que nuestra Victoria —la del levantamiento nacional de 1936— no se quede en la costra material de la Nación, sino que remueva y hagan vibrar las cuerdas más nobles de su ser espiritual.

2.º Hacer de nuestras Escuelas Primarias focos de vida nueva, por la tenaz dedicación de unos maestros que se sientan asistidos por el poder público y por la sociedad; con locales claros y alegres; con pequeños talleres de orientación profesional, artesana o agrícola; con albergues comarcales, que permitan luchar contra la plaga del analfabetismo entre la población diseminada en cortijadas o caseríos; con el amplio empleo de la radio y el cine; con el indispensable complemento asistencial de comedores y roperos; con todo aquello que pueda hacer de la Escuela prolongación del hogar doméstico y antesala del gran hogar de la Patria.

3.º Abrir, inmensamente más, los Centros de Enseñanza Media, preuniversitarios o laborales, a la juventud española, con un amplio sistema de protección escolar que no quede en la bella, pero dormida letra de una ley por insuficiencia de medios económicos para aplicarla.

1953 debe ser el año de esta reforma radical y sustantiva. Con la nueva ley, hoy ante las Cortes, y otras medidas complementarias, especialmente ampliación de la estructura de las Enseñanzas de tipo profesional —medio y superior— y el establecimiento del Seguro, los pres-tamos al honor y el salario escolar, comenzaremos a creer que sea posible la hermandad efectiva de toda la juventud española.

4.º Integrar en la Universidad, con la conveniente descentralización, las distintas Instituciones, focos o Centros de formación cultural superior que andan al margen de ella o están de ella desconectados, al mismo tiempo que se hace frente —con ampliación del número de cátedras, creación de adjuntías, establecimiento de nuevos Colegios Mayores y de Residencias más amplias, etc.— a la presencia creciente de la masa estudiantil, signo de vitalidad, razón de nueva esperanza, mas motivo también de quebrantos y fuente de nueva responsabilidad.

5.º Fomentar en la Universidad misma el diálogo entre estudiantes y maestros, la vida corporativa, el autogobierno, la comunicación con la sociedad circundante, de suerte que la Universidad refleje en sí las inquietudes de la vida nacional y reaccione con nuevas energías espirituales sobre esa vida misma.

Dios haga que este año de 1953 sea año de Gracia, y durante él se acerquen mucho más los universitarios, profesores y estudiantes, a los dolores concretos de España: el campo, la empresa industrial, el suburbio... (¿Por qué no habrían de surgir pronto, a título de experiencia, ahí, en las afueras de Madrid o de Barcelona, una clínica, un consultorio jurídico y de asistencia social, un Centro de Enseñanzas profesionales, llevados voluntariamente por unos cuantos profesores y alumnos, generosos e inteligentes, de nuestras Facultades y de nuestras Escuelas Especiales?)

6.º Romper fronteras interiores y abrir la mente y el corazón de nuestros universitarios hacia lo universal, como en los siglos grandes. De nuestras Facultades universitarias han de surgir profesores ofrecidos a los países hermanos de Hispanoamérica o Filipinas. En engarces con nuestras Universidades han de organizarse con urgencia las Escuelas de Lectores para los Centros del extranjero, que crecientemente lo piden. Y ha de irse creando en la conciencia pública la idea firme de que España está ya teniendo que volver a jugar una carta fundamental en el escenario de Europa y de África,

codo a codo con sus hermanos de estirpe, de fe y de lengua. Una "ciudadanía cultural hispánica" se abre en nuestro horizonte. Para llegar a ella tenemos que sacrificar trasnochados provincialismos y dar al traste con pequeños criterios de matemáticas recíprocidades.

7.º Dar vida, por último, a Instituciones de diálogo y de creación intelectual conjunta entre eclesiásticos y seculares; donde, a la luz del pensamiento eterno de la Filosofía cristiana y de la Teología, se atienda más a buscar las verdades que necesitan los hombres de nuestro tiempo y de nuestra tierra, que a componer el inventario frío de los errores y de las fórmulas de ayer.

* * *

Estas pueden ser algunas de las conquistas de la reacción operativa a que nos empuje nuestra esperanza. Mas lo primordial seguirá siendo el espíritu con que acometamos la empresa. Espíritu de fortaleza contra los tres principales "complejos de inferioridad" que, en este orden de la Cultura, a veces nos atenzan: el miedo a la concurrencia, el miedo al error y a la crítica, el miedo a la libertad.

Por un viciado instinto de conservación pretendemos muchas veces acotar los campos, transformarnos en poseedores excluyentes de islas conquistadas. Anda ahí sembrando la cizaña el demonio del egoísmo; ese egoísmo de las profesiones y de los grupos, contra el que desde distintos ángulos, pero con análogo empuje cristiano, han roto su lanza, en estos mismos días, el Vicario de Cristo, desde Roma, y el Caudillo de España desde esta ancha y universal Castilla.

Otras veces es el miedo al error y a la crítica

el que encanija la inquietud intelectual de nuestras gentes y frena la exteriorización de trabajos valiosos, cuando sólo al precio de fracasos y hasta de errores se ha abierto siempre camino la verdad, y ha subido, como luz entre nubes, el saber que salva.

Y, finalmente, cerremos nuestro asalto contra ese otro miedo fundamental: el miedo a la libertad. Nada tiene que ver aquí la libertad de disgregación, la que pone en el mismo platillo verdad y error. Es que también hay gentes que temen la otra: la libertad joánica y paulina, la del Testamento Nuevo, la santa libertad de los hijos de Dios. Y sin ella no hay Cultura, porque sin ella no hay, en definitiva, la suprema y total expansión de los valores eternos que lleva en lo más hondo de su ser, irrenunciablemente, cada hombre.

* * *

Así, de "dolores a esperanzas" ha de seguir siendo nuestra aventura. Alistese en ella quien tenga el ánimo en gracia, a quien le queme el "fuego vivo" de amor por la honra de Dios y el bien común; quien sea, en suma, capaz de entender la dura lección que el santo Maestro Juan de Avila repite siempre a los que hayan de ejercitar misión pública: "Profesión es de hacer bien a muchos, aun con pérdida propia; y quien no es rico en amor, vuélvase de esta guerra, que no es para él" ("Carta a un Señor de este Reino, siendo asistente de Sevilla", año 1564).

Mas quien ese amor tenga y de esa guerra sienta la llamada, no olvide que esta es hora de Dios sobre España. Y que cuando los hombres se duermen, Dios no vuelve a pasar demasiadas veces.

JOAQUÍN RUIZ-GIMÉNEZ